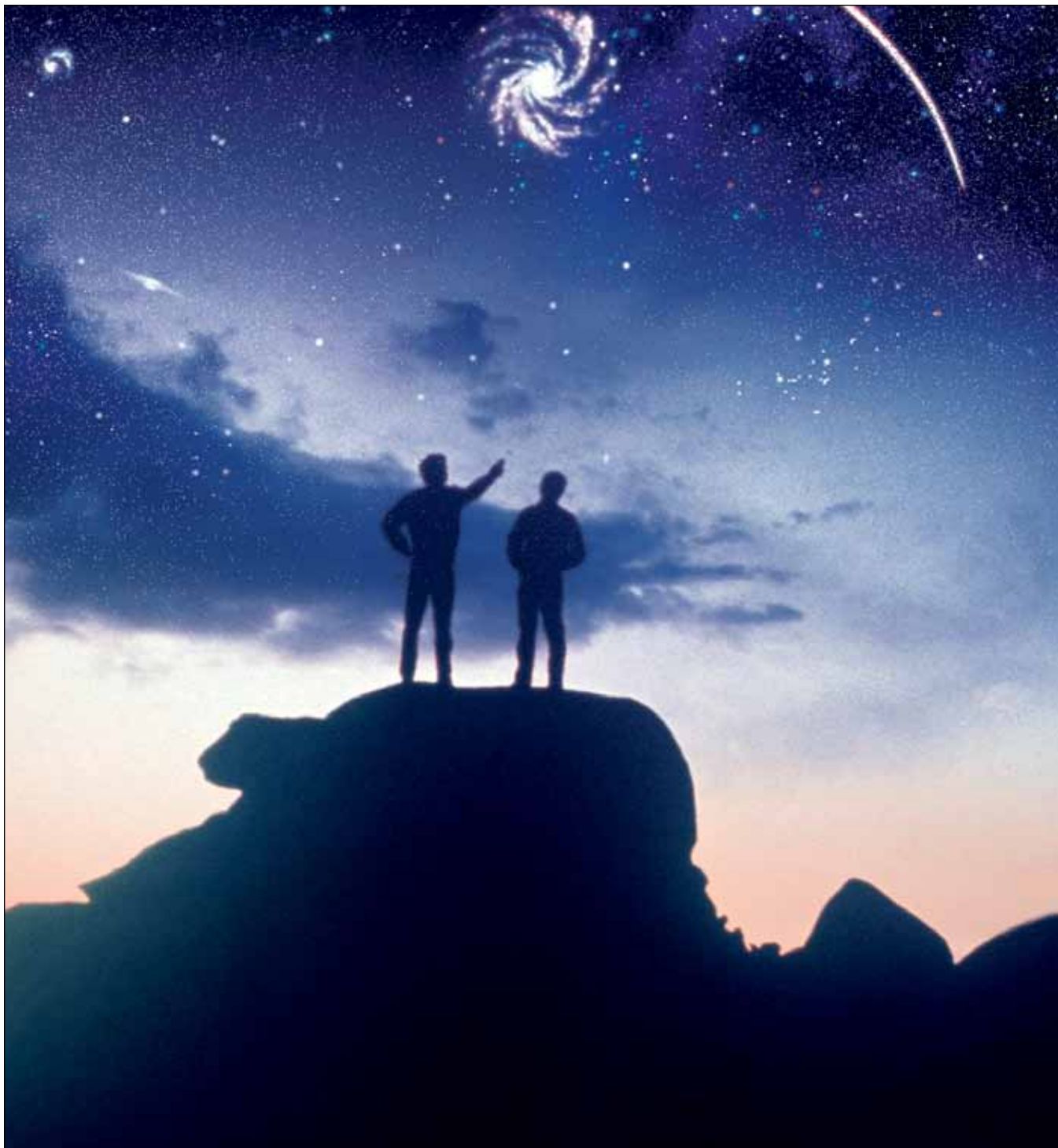


El llamamiento de Dios

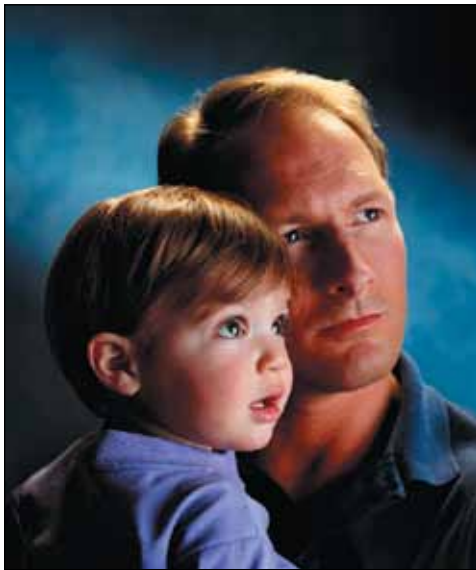


El llamamiento de Dios

“... Aquí en la tierra se está llevando a cabo un gran propósito y designio”.
—Sir Winston Churchill, primer ministro británico, 1940-1945, 1951-1955

Eurípides, filósofo del siglo V a.C., se preguntó: “¿Qué es Dios? ¿Qué no es Dios? ¿Qué existe entre el hombre y Dios? ¿Quién lo puede decir?”

Ahora, 2500 años más tarde, muchos todavía seguimos fascinados e intrigados con nuestra relación con el Creador. Muchos creen que la relación y el trato de Dios con el hombre son simplemente un misterio profundo e indescifrable.



Dios está formando una familia, su propia familia. Nos ha creado para que podamos tener una relación filial —de Padre a hijo— con él.

DIOS QUIERE RELACIONARSE CON NOSOTROS

Todos nos hemos enfrentado a la pregunta elemental: ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? Al hablar de nuestra relación con Dios, podríamos plantearla así: ¿Qué fue primero, la necesidad del hombre de relacionarse con Dios, o el deseo que Dios tenía de relacionarse con el hombre? Veamos la respuesta en las palabras del apóstol Juan: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). También nos dice: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (v. 10). Es claro que Dios quería establecer una relación con los seres humanos y la planeó.

Por otra parte, todos entendemos que las relaciones son importantes. Nuestras vidas giran alrededor de la familia, los amigos, vecinos y asociados. Pero ¿dónde encaja Dios?

¿Cuál es el significado de la relación de Dios con el hombre? ¿Qué importancia le da Dios? ¿Necesita el hombre relacionarse con Dios? Si es así, ¿cuál es el fundamento y el propósito de esa relación?

En esta lección analizaremos cuidadosamente estas preguntas fundamentales y veremos qué nos dicen las Sagradas Escrituras al respecto.

Debemos recordar siempre el propósito que Dios tenía al crearnos. En lecciones anteriores de este curso hemos tratado extensamente el propósito y el plan de Dios para con la humanidad. Aprendimos que Dios diseñó a los seres humanos para que reflejáramos su propio carácter, para que fuéramos como él. “El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo” (Génesis 5:1). “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27).

Antes de profundizar en los detalles del compromiso de Dios y sus expectativas en cuanto a una relación con nosotros, necesitamos analizar ciertos principios básicos acerca de las relaciones.

Primero debemos definir qué es una relación. Es simplemente un vínculo o una asociación continua entre dos o más personas.

Dios instituyó esta clase de relación con el antiguo Israel cuando dijo: “Andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo” (Levítico 26:12). En unas cuantas palabras resume lo que quiere de su relación con los seres humanos. Veamos dos aspectos de esta sencilla declaración de Dios.

Primero expresa su deseo de que lo reconozcamos y lo aceptemos como el ser supremo. Luego expresa su deseo de asociarse —establecer una relación— con aquellos que se sometían a él como su Dios.

Cuando entendemos que Dios desea relacionarse con nosotros, debemos reconocer que en verdad lo necesitamos a él. El apóstol Pablo nos lo recuerda: “No es que nosotros mismos estemos capacitados para considerar algo como nuestro; al contrario, todo lo que podemos hacer viene de Dios” (2 Corintios 3:5, Versión Popular).

El apóstol Juan describe brevemente la naturaleza de la relación que Dios quiere establecer con nosotros. “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios... Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifestó, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:1-3).

Aquí vemos el propósito de la creación de la humanidad: Dios está formando una familia, su propia familia. Nos ha creado para que podamos tener una relación filial —de Padre a hijo— con él. Dios planea darnos de su propia inmortalidad. Pablo lo explica así: “Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:53). Dios quiere que tengamos una relación eterna con él como hijos inmortales suyos.

Pablo nos dice que Dios es “nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al co-

nocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3-4). Dios ha planeado una forma de lograr que esta relación esté disponible para todos los seres humanos a su debido tiempo. Pedro lo expresó al decir: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que *ninguno* perezca, sino que *todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9).

Debemos notar que Pedro hace énfasis en que el arrepentimiento es un factor determinante para cimentar la relación entre Dios y el hombre. Dios desea establecer una relación, pero la condiciona a nuestro deseo de reconocer, confesar y arrepentirnos de nuestros caminos antiguos, y que decidamos buscarlo a él. Sólo entonces puede redimirnos de la paga del pecado que merecemos por nuestros pecados. (Si desea más detalles al respecto, le recomendamos que lea el recuadro “¿Por qué necesitamos un redentor?”, en la p. 11.)

¿A QUIÉNES ESTÁ LLAMANDO DIOS?

Jesús dijo: “Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22:14). ¿Cuál es la diferencia entre ser llamado y ser escogido? La palabra griega *kletos*, que se traduce como “llamados”, también puede ser traducida como “invitados”. El llamado de Dios es su ofrecimiento, su invitación a arrepentirse y a entablar una relación con él.

En Romanos 8:28-30 leemos: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados [*kletos*, invitados] . . . Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”.

Sí, Dios primero nos llama o nos invita a establecer una relación con él. Lo hace al abrir nuestra mente a un entendimiento básico de las Escrituras y a la necesidad de arrepentirnos.

¿Por qué tenemos que ser invitados por Dios para poder relacionarnos con él? Jesús dio la respuesta en Juan 6:44: “Ninguno puede venir a mí, *si el Padre que me envió no le*

trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”. Si Dios no nos da algún entendimiento de la Biblia y nos motiva a arrepentirnos, nunca reconoceremos la gran necesidad que tenemos de cambiar.

Reconocer la necesidad de cambiar es tan sólo reconocer el llamamiento de Dios. Sólo aquellos que responden y se arrepienten son *escogidos* para una relación especial con él en el Cuerpo espiritual que es su iglesia. Pablo se refiere a aquellos que han aceptado la invitación de Dios como “la iglesia de Dios . . . los santificados en Cristo Jesús, *llamados* [invitados] a ser santos

con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1:2). Aquellos que se arrepienten y son bautizados (Hechos 2:38) son entonces *escogidos* “para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Tesalonicenses 2:13).

Dios invita a esta relación especial a más personas de las que finalmente responden. Sin embargo, la Biblia nos revela que la *mayoría* de las personas que son llamadas *no responden* a la invitación; la rechazan por diferentes motivos. A esto se debe que en la actualidad muchos son llamados, pero son pocos los escogidos para salvación.

En la parábola del sembrador (Mateo 13:18-23) Jesús explicó que el sembrador (Dios), extiende las semillas de invitación a muchas personas. Sin embargo, por varias razones —el engaño del “maligno” (el diablo), falta de raíces



Dios primero nos llama o nos invita a establecer una relación con él. Lo hace al abrir nuestra mente a un entendimiento básico de las Escrituras y a la necesidad de arrepentirnos.

Pocos han respondido al llamado de Dios

Las Escrituras nos dicen que los primeros seres humanos rechazaron el ofrecimiento que Dios les hizo de tener una relación con él. Adán y Eva decidieron desobedecer las instrucciones de Dios. A consecuencia de esto, fueron expulsados del huerto del Edén.

Después de la experiencia de nuestros primeros padres en el Edén, pronto la humanidad comenzó a reemplazar la adoración a Dios con sus propias formas de adoración. Rápidamente degeneraron en idolatría, porque rechazaron deliberadamente las leyes de Dios. Tal como ocurrió con Adán y Eva, ellos, con sus acciones, rechazaron la oportunidad de tener una relación estrecha con Dios (Génesis 6:3-7). El comportamiento de la humanidad se tornó tan agresivo que Dios finalmente destruyó la perversa sociedad con el gran diluvio que ocurrió en la época de Noé.

Veamos cómo Pablo explica la ruptura en la relación entre Dios y el hombre. “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con

injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:18-20).

Aunque en general el hombre ha continuado rechazándolo, Dios ha escogido algunas personas para que disfruten de una relación personal con él.

Leemos en Génesis 6:8 que “Noé halló gracia ante los ojos del Eterno”. Noé era “varón justo” (v. 9). Dios lo llamó para que predicara a los que habitaban en la tierra antes del diluvio (2 Pedro 2:5). Pero todos rechazaron su mensaje. Sólo Noé y su familia sobrevivieron al diluvio.

Hebreos 11 nos da una lista de otras personas justas que vivieron antes de la época de Cristo, con quienes Dios se relacionó. Hebreos 11 es llamado con frecuencia el capítulo de la fe, porque la mayoría de los que allí se mencionan fueron fieles a Dios. □

espirituales, presión de los amigos y de los familiares, o distracción por los afanes de esta vida— muchos no responden a la invitación que Dios les hace de tener una relación personal, íntima con él. Sólo muy pocos responden y llegan a producir fruto.



Jesús explicó que el sembrador (Dios), extiende las semillas de invitación a muchas personas. Sin embargo, muchos no responden a la invitación que Dios les hace de tener una relación personal, íntima con él. Sólo muy pocos responden y llegan a producir fruto.

Examinemos esta relación. También revisemos algunas relaciones que se han establecido en la historia para ver las lecciones que podemos aprender. Después, analizaremos lo que Dios quiere de nosotros y lo que nos ofrece en la relación con él.

DONES DE DIOS: EL FUNDAMENTO DE SU RELACIÓN CON NOSOTROS

La mayoría de las relaciones están basadas en promesas reales o percibidas como tal, compromisos y expectativas. Por ejemplo, el pacto matrimonial está fundado en las promesas de amar, de compromiso, de honrar y respetar. Una amistad se basa en expectativas de entendimiento, confianza, honestidad e intereses en común.

La base fundamental de la relación entre Dios y nosotros es sencilla: *amor*. Las Escrituras nos dicen que la naturaleza de Dios, la principal motivación de todo lo que hace, es amor: un interés altruista por toda la humanidad. El apóstol Juan lo expresa así: “Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. *Dios es amor*; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 4:16). Más adelante agrega: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (v. 19).

Con frecuencia el amor se expresa por medio del dar. Jesús advirtió: “Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:38). Pablo también afirmó: “Porque Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7).

Los dones pueden realzar una relación, y Dios es el dador por excelencia (Santiago 1:17). Pablo dijo: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros,

pues es don de Dios” (Efesios 2:8).

Estudiemos algunos dones importantes de Dios. Con ellos, él quiere hacer posible que nosotros recibamos, como regalo suyo, vida eterna.

¿Cuál es el don que mejor demuestra el amor de Dios por nosotros?

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

El don más sublime del amor de Dios es el sacrificio redentor de su Hijo unigénito, Jesucristo, para pagar la pena de nuestros pecados. Por medio de Cristo y de su sacrificio, podemos tener acceso directo a Dios y al don de la salvación.

¿Cuál otro don especial nos ofrece Dios?

“Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre” (Juan 6:65).

El llamamiento de Dios es un don especial que aún no se lo ha ofrecido a todos. Cuando los discípulos de Jesús le preguntaron por qué le hablaba a la gente en parábolas, les dijo: “Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado” (Mateo 13:10-11).

Aquellos que en esta época están siendo llamados a la vida eterna son “primicias” (Santiago 1:18; Romanos 8:22-23; Hebreos 12:22-23). Este término, comúnmente usado en las Escrituras, se aplica a la primera parte de la cosecha, la porción apartada para Dios. Las primicias de Dios son pocas en número (Lucas 12:32). Han recibido la invitación a la vida eterna ahora. Sin embargo, algo maravilloso del plan de Dios es que cuando Jesucristo regrese, el llamado de Dios —su invitación a establecer una relación personal con él— va a extenderse a *toda* la humanidad. Muchísimos más serán parte de la gran cosecha de Dios.

Cuando nos ofrece el don de su llamamiento, también nos ofrece algo más para que podamos responderle correctamente en esta relación.

¿Qué nos ofrece Dios conjuntamente con su llamado?

“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad” (2 Timoteo 2:24-25).

El *arrepentimiento* es un don que Dios les concede a aquellos que voluntariamente responden a su invitación o llamamiento. Al ofrecernos arrepentimiento, Dios nos da la capacidad de vernos como él nos ve, en lugar de percibirnos como nos percibimos normalmente. Sin esta percepción espiritual, quedamos ciegos espiritualmente y no podemos responder al llamado de Dios.

Sólo podemos arrepentirnos de verdad, genuinamente, cuando, al compararnos con Dios a la luz de la Biblia, podemos reconocer y confesar nuestras flaquezas, debilidades

e insignificancia. “Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice el Eterno; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:2).

Cuando vemos de una manera real nuestra insignificancia y debilidad al compararnos con la grandeza y el poder de Dios, nos sentimos humillados. Esta humillación nos lleva a querer cambiar, a arrepentirnos.

Cuando nos arrepentimos, Dios nos perdona y cubre nuestros pecados con el don del perdón. Veamos la forma en que Juan lo explica: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:8-9).

Es importante que tengamos en cuenta esta pequeña palabra: *si*. Algunas de las cosas que Dios hace por nosotros son condicionales, de acuerdo con nuestro comportamiento. Espera que le respondamos positivamente a medida que progresa nuestra relación con él. Tal como ocurre con las relaciones humanas, mientras más positivamente le respon-

damos a él, con más gracia nos responderá a nosotros. Así, nuestra relación con él crecerá y se hará más profunda.

Por ejemplo, cuando Dios nos perdona, olvida nuestros pecados pasados. “Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:12; comparar con Salmos 103:11-13).

¿Qué otro don sigue después del arrepentimiento y el perdón?

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Poco antes de su crucifixión Jesús prometió el don del Espíritu Santo: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26; ver también Hechos 10:45). A los verdaderos discípulos de Cristo, Dios los provee con el don de su ayuda y consuelo (Juan 14:16-17).

Gracia: Cómo se relaciona Dios con nosotros

El apóstol Juan resume la motivación de Dios y su carácter en tres palabras sencillas: “Dios es amor” (1 Juan 4:8, 16). Sus acciones están motivadas por su amor —su cuidado, su preocupación y aun su corrección— de tal forma que podamos recibir el don de la vida eterna como miembros de su familia.

Varios apóstoles resumen la actitud de Dios y su enfoque de amoroso cuidado y preocupación por nosotros con el término *gracia*. Pablo, Pedro y Juan utilizaron con frecuencia esta palabra. ¿Qué significa y cómo puede ayudarnos a entender mejor a nuestro Creador?

Gracia es la palabra que se usa con más frecuencia en las versiones modernas de la Biblia para traducir la palabra griega *charis*. No hay un equivalente exacto en nuestro idioma. *Charis* significa “lo que causa gozo, placer, gratificación, favor [y] aceptación, por una amabilidad que se recibe o se desea . . . [y] un favor que se hace sin esperar nada a cambio; la expresión absolutamente libre del amoroso cuidado de Dios por la humanidad, en la bondad y benevolencia del Dador” (Spiros Zodhiates, *The Complete Word Study Dictionary: New Testament* [“Diccionario analítico completo de las palabras del Nuevo Testamento”], 1993, p. 1469). Proviene del verbo griego *chaïro*, que significa “regocijarse” (*ibídem*).

Charis también se traduce como “favor”, “gracia” y “placer”. Es algo que no merecemos ni nos ganamos de parte de Dios, un favor totalmente inmerecido hacia nosotros, motivado por su amor y preocupación por nosotros, especialmente aquellos que aceptan su invitación a establecer una relación con él. Abarca todos los maravillosos dones que Dios nos ofrece gratuitamente.

Es muy común que Pablo comience sus epístolas a las iglesias con la frase: “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Romanos 1:7). Al hacerlo así, quiere que los lectores recuerden el favor que Dios tiene hacia aquellos que responden a su llamamiento.

¿Cómo expresa Dios su amor por medio de la gracia?

- Por la gracia Dios se revela a sí mismo y nos ayuda a conocerlo a él y a su Hijo Jesucristo (Juan 1:14-16).
- Dios nos llama por gracia (Gálatas 1:15).
- Por medio de la gracia, Dios nos “justifica” —nos declara

libres de pecado y justos— como resultado del sacrificio de Jesucristo (Romanos 3:24; Tito 3:7).

- Por la gracia, Dios nos ofrece salvación, el don de la vida eterna (Romanos 5:15-18; Tito 2:11; 3:5; Hechos 15:11).
- Por medio de la gracia, Dios nos permite disfrutar de una relación con él (Romanos 5:1-2).
- Dios nos salva por medio de su gracia (Efesios 2:5, 8).
- Por la gracia, Dios ofreció a Jesucristo y Jesús se ofreció a sí mismo en sacrificio por los pecados de la humanidad (Juan 3:16; Hebreos 2:9).
- Por la gracia, Dios nos da misericordia y oportuno socorro en tiempos de necesidad (Hebreos 4:16).
- Por su gracia, Dios nos da no sólo lo que necesitamos sino lo suficiente para que tengamos con qué compartir con otros (2 Corintios 8:1-4; 9:8).
- Dios nos perdona por su gracia (Efesios 1:7).
- Por gracia Jesucristo vino en la carne a tomar el papel de siervo para que pudiéramos tener un Salvador y recibir la vida eterna (2 Corintios 8:9; comparar con Filipenses 2:5-11).
- Dios nos consuela y nos da esperanza por medio de la gracia (2 Tesalonicenses 2:16).
- Por medio de la gracia, Dios ofrece dones espirituales a su pueblo, para beneficio de los miembros de su iglesia (Efesios 4:7-16; 1 Pedro 4:10).

La gracia de Dios —su trato con la humanidad basado en el amor— es parte del verdadero evangelio (Hechos 20:24). El evangelio —las buenas noticias— es el mensaje del plan que Dios tiene para ofrecer la vida eterna en su reino a todos aquellos que hayan vivido y a los que aún vivirán. Esto es hecho posible por el sacrificio de Jesucristo, quien llevó en sí mismo la pena por nuestros pecados.

El evangelio incluye las maravillosas noticias de que Dios intervendrá en los asuntos humanos para salvarnos de nosotros mismos y enviar a Jesucristo a establecer el Reino de Dios en la tierra. (Si desea profundizar más en el tema del Reino de Dios, no vacile en solicitarnos el folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*. O si prefiere, puede descargarlo de nuestro portal en Internet.) □

Dios nos dará su Espíritu si respondemos positivamente a su llamado y nos arrepentimos. También nos instruye a que seamos *bautizados* para que podamos recibir este don.

Esto ilustra algo que leímos anteriormente. En toda relación existen expectativas, y Dios espera que le respondamos al don del arrepentimiento, comprometiéndonos con él por medio del bautismo en agua.

La Biblia nos muestra que, después del bautismo, Dios da su Espíritu por medio de la imposición de manos (Hechos 8:14-19). Pablo exhortó a Timoteo diciendo: “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (2 Timoteo 1:6-7). Esta imposición de manos normalmente debe ocurrir inmediatamente después del bautismo en agua.

Dios dijo que por el bautismo entramos a formar parte del Cuerpo de Cristo, su iglesia. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12:13).

Dios simplemente no da su Espíritu a quienes no se arrepienten. Jesús describe el Espíritu de Dios como algo “que el mundo no puede recibir” (Juan 14:17). Dios lo da solamente a aquellos que él llama y escoge. Los que no están siendo llamados por Dios ahora, tendrán esta oportunidad más tarde. (Si desea profundizar más en los temas del arrepentimiento, el bautismo, el llamado de Dios y la elección de sus siervos, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna*. O si desea, puede descargarlo de nuestro portal en Internet.)

¿Qué otra condición tiene Dios para darnos su Espíritu?

“Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:32).

Nuevamente nos damos cuenta de las responsabilidades de aquellos que quieren tener una relación especial con Dios. Él espera que hagan todo el esfuerzo que les sea posible para *obedecerle*.

La obediencia al camino de Dios nos conduce a un compañerismo positivo con él (1 Juan 1:3, 7). Tener el Espíritu Santo nos ayuda a buscar la voluntad de Dios y seguir sus caminos, desarrollando su naturaleza y carácter en nosotros. Jesús prometió que el Padre enviaría otro Consolador (el Espíritu Santo), que acompañaría a sus discípulos y les

ayudaría a discernir entre el pecado y la justicia, y los conduciría a la verdad (Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7).

¿Qué don importante nos promete Dios si nos arrepentimos genuinamente y nos convertimos?

“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

Pablo nos dice que Dios nos imparte *vida eterna* como un don. Él desea compartir este don porque ha planeado dárselo a la humanidad “desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34). La vida eterna en la familia de Dios es la esperanza de todos aquellos que lo sigan (1 Juan 3:1-3; Tito 1:2).

Dios tiene muchas dádivas para nosotros. Abarcan desde su llamamiento hasta el inigualable don de la vida eterna. Sus dádivas están entrelazadas naturalmente y nos son dadas a medida que empezamos a responderle y nuestra relación con él avanza y crece (Romanos 8:30).

Dos elementos fundamentales en cualquier relación positiva y edificante son el compromiso y las promesas. ¿Qué compromiso y qué promesas nos ofrece Dios?

LAS PROMESAS DE DIOS A ABRAHAM

Cientos de profecías bíblicas nos hablan acerca de la misión, el propósito y el ministerio de Jesucristo. Las Escrituras están llenas de profecías acerca de su primera y segunda venidas.

¿Cuál es la primera profecía mesiánica de la Biblia?

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar” (Génesis 3:15).

Poco después de que Adán y Eva pecaron, Dios les aseguró que enviaría un Mesías, un Salvador, quien haría juicio a la serpiente. En Apocalipsis 12:9 la serpiente se identifica con Satanás el diablo.

Este anuncio del Salvador es la promesa fundamental de Dios para la humanidad porque muestra el camino de la salvación por medio de Jesucristo. Sin duda alguna, la promesa de una obra redentora del Mesías es una de las promesas más importantes que Dios ha hecho.

Cómo utilizar las citas y referencias bíblicas

Aunque citamos muchos pasajes bíblicos con el propósito de ayudarle, nuestro deseo es que usted estudie las Escrituras por su propia cuenta. Para aprovechar al máximo cada lección, es necesario que participe activamente. Con frecuencia, después de una cita bíblica mencionamos uno o dos pasajes más. Estos son semejantes al pasaje que ya hemos citado, pero agregan alguna información o amplían la perspectiva. Le recomendamos que lea cada uno de estos pasajes.

También hacemos comentarios que refuerzan los conceptos importantes de cada lección. Con frecuencia, después de estos comentarios aparecen referencias bíblicas que no se citan textualmente. Para poder obtener el máximo provecho de estas leccio-

nes, le recomendamos que busque cada una de estas referencias. El tiempo que invierta haciendo esto se verá ampliamente recompensado por un aumento en el entendimiento y comprensión del tema que estamos tratando.

También es importante tener en cuenta el contexto de las citas. A veces la falta de espacio nos impide citar un pasaje bíblico tan ampliamente como quisiéramos hacerlo. Así que vale la pena que usted se dé tiempo para leer tanto los pasajes que citamos en la lección como los versículos que los preceden y que los siguen. A medida que usted haga esto se incrementará su entendimiento y se familiarizará más con las palabras de Dios tal como aparecen en la Biblia. □

¿Qué le prometió Dios a Abraham?

“Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes” (Génesis 17:5; comparar con Romanos 4:17-18).

¡Qué declaración tan sorprendente! Dios tenía una relación muy estrecha con Abraham y le prometió que finalmente sus descendientes serían tan numerosos que formarían muchas naciones. Dios cambió su nombre de Abram a Abraham, que significa “padre de multitudes”, para que esto reflejara la importancia de su promesa.

Dios le hizo muchas promesas a Abraham. El patriarca tenía una relación tan íntima con Dios que en la Biblia leemos que fue llamado “amigo de Dios” (Santiago 2:23). Los descendientes de Abraham también recibieron grandes y trascendentales promesas.

¿Cuántos descendientes le prometió Dios a Abraham?

“Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada” (Génesis 13:16; comparar con Génesis 15:5; 22:17).

Los descendientes de Abraham se multiplicarían en millones de personas. Nuevamente, vemos que Dios le hizo maravillosas promesas a ese siervo fiel.

¿Qué promesas le hizo Dios a Abraham en cuanto a territorio?

“Y le dijo: Yo soy el Eterno, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra” (Génesis 15:7; comparar con Génesis 13:15).

Dios dijo que los descendientes de Abraham recibirían la “Tierra Prometida”, lugar en donde se establecieron sus descendientes después de que Dios los liberó de la cautividad en Egipto.

¿Qué promesa de proporciones internacionales le hizo Dios a Abraham?

“Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:2-3; comparar con Génesis 18:18).

¿En qué consistiría esta “bendición” que se extendería a todo el mundo?

“No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos” (Génesis 49:10).

Todos los pueblos y naciones se van a beneficiar de esta promesa. En Génesis 49 podemos leer las bendiciones prometidas a los 12 hijos de Jacob. Las mismas bendiciones que Dios le prometió a Abraham pasarían a sus nietos y tataranietos.

La mayoría de las promesas eran de una naturaleza física. Sin embargo, uno de los tataranietos de Abraham, Judá, recibió una promesa especial. Se le prometió que el cetro —símbolo de realeza, que finalmente incluiría al Mesías— no se apartaría de la descendencia de Judá “hasta que venga Siloh”.

La mayoría de los comentaristas bíblicos están de acuerdo en que *Siloh* es un término que se refiere al Mesías. Los profetas posteriores confirman que el Mesías vendría de la tribu de Judá. En Isaías 11:1-5 se nos dice que el Mesías vendría de uno de los descendientes de Isaí (padre de David), quien era descendiente de Judá. Tanto en Mateo 1 como en Lucas 3 podemos leer la genealogía de Jesús a través de José y María. Ambos muestran que él descendía de Judá.

También en Romanos 15:12 se nos muestra que la ascendencia humana de Jesús estaba en Judá. Claramente, una de las promesas que Dios le hizo a Abraham era la del Mesías como nuestro Salvador.

¿Qué rasgo espiritual de Abraham era tan importante para que recibiera las promesas de Dios?

“Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia” (Romanos 4:20-22; comparar con Génesis 15:6; 22:18).

La fe se convirtió en una parte integrante del carácter de Abraham. Estaba seguro de que Dios cumpliría sus promesas. Dios veía la fe de Abraham como justicia. En otras palabras, aunque Abraham no era perfecto, Dios lo veía como un hombre justo porque creía profundamente en él y lo obedecía.

¿Por qué decidió Dios llevar a cabo su plan por medio de Abraham y no de alguna otra persona?

“Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino del Eterno, haciendo justicia y juicio, para que haga venir el Eterno sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él” (Génesis 18:19).

“... Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Génesis 26:4-5).

Estos pasajes cruciales nos dicen que Dios le dio a Abraham las promesas por su fe, una fe que era evidente en sus actos de obediencia. Debido a su confianza en Dios, procuró de todo corazón hacer lo que Dios le había ordenado. Además, enseñó fielmente a sus hijos, para que siguieran el camino de vida de Dios.

¿Recibieron Abraham, y otros que lo siguieron, todo lo que Dios les había prometido?

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra” (Hebreos 11:13).

En Hebreos 11 Abraham es mencionado de una manera relevante en la lista de los siervos fieles de Dios (vv. 8-12). Sin embargo, leemos que ni él ni otros que también sirvieron fielmente a Dios recibieron la herencia prometida. Pero Dios no los ha olvidado.

Entonces, ¿cuándo recibirán las promesas dadas a Abraham?

“Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39-40).

“Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos . . . Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:26-29).

Los verdaderos cristianos, aquellos que han sido “bautizados en Cristo”, son también herederos de Abraham. Van a recibir los aspectos eternos de las promesas por medio de la fe, juntamente con aquellos que en tiempos antiguos sirvieron a Dios en fe. Dios quiere que sus santos ejerzan la misma fe que había en el fiel Abraham. Todos recibirán su herencia eterna en el mismo momento (1 Tesalonicenses 4:16-17).

¿Qué espera Dios de nosotros como los descendientes espirituales de Abraham?

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17).

“Y [Abraham] no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia . . . Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 4:19-22; 5:1-2).

Nosotros también debemos tener fe en Dios, porque por medio de la fe somos justificados y recibimos las promesas que le hizo a Abraham. Sin embargo, esta fe debe ser algo dinámico. Cuando la ejercemos de una manera adecuada,

la fe automáticamente establece una relación estrecha y un compañerismo especial con Dios.

¿Cómo describe la Biblia la fidelidad de Abraham?

“¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe . . . Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:20-26).

Dios espera que ejerzamos fe al seguir sus leyes y caminos. Si seguimos el ejemplo de fidelidad de Abraham, podremos disfrutar de una amistad y una relación cada vez más estrechas con Dios. (Si desea entender más acerca de la vida de fe de Abraham y cómo usted puede tener esta fe en su vida, no vacile en solicitarnos un ejemplar gratuito del folleto *Usted puede tener una fe viva*. O si prefiere, puede descargarlo de nuestro portal en Internet.)

EL PACTO DE DIOS CON LA ANTIGUA ISRAEL

Dios hizo otras promesas que también se mencionan en la Biblia. Con frecuencia las hizo en la forma de un pacto. Un pacto es un acuerdo o contrato entre dos o más personas. En la Biblia, sin embargo, este término implica más bien un compromiso formal en forma de tratado o alianza, que está basado en una relación. En el pacto que Dios inicia, no hay negociación de términos; él define todas las condiciones. La gente tan sólo podía aceptar o declinar lo que Dios les ofrecía.

Debe ser obvia la razón por la que los pactos de Dios no pueden ser como los acuerdos negociados entre dos personas iguales. Dios es el Creador y nosotros somos su creación. Nuestro bienestar depende de su amor y gracia. Según el uso teológico, un pacto es un acuerdo que ocasiona una relación de compromiso entre Dios y su pueblo.

Uno de los pactos más importantes que Dios hizo fue con los israelitas, los descendientes de Abraham, por medio de su hijo Isaac y de su nieto Jacob (cuyo nombre fue cambiado por el de Israel). “Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza, la Ley, el culto y las promesas; suyos son los Patriarcas, y de ellos en lo humano nació el Mesías, suyo es el Dios Soberano, bendito por siempre. Amén” (Romanos 9:4-5, Nueva Biblia Española).

¿Cómo describe Pablo los pactos entre Dios e Israel?

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12).

Debemos resaltar el hecho de que Pablo los llama “los pactos de la promesa”. Por medio de ellos Dios les ofreció

a los israelitas grandes promesas y bendiciones. Si obedecían, les prometía hacer de ellos una gran nación y protegerlos, prosperarlos y proveer para ellos (Levítico 26:3-13; Deuteronomio 28:1-14).

¿Cuáles fueron los términos del pacto que Dios hizo con la antigua Israel?

“Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra” (Éxodo 19:5).

“Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que el Eterno ha dicho, haremos. Y Moisés refirió al Eterno las palabras del pueblo” (v. 8).

Los israelitas accedieron a las condiciones de Dios, y él confirmó su compromiso con ellos. “Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien” (Jeremías 7:23).

¿Qué dijo Dios que pasaría si los israelitas no cumplían con las obligaciones contraídas en el pacto?

“Pero si no me oyereis, ni hicieréis todos estos mis mandamientos, y si desdeñareis mis decretos, y vuestra alma menospreciare mis estatutos, no ejecutando todos mis mandamientos, e invali-

dando mi pacto . . . enviaré sobre vosotros terror, extenuación y calentura, que consuman los ojos y atormenten el alma; y sembraréis en vano vuestra semilla, porque vuestros enemigos la comerán. Pondré mi rostro contra vosotros, y seréis heridos delante de vuestros enemigos; y los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros, y huiréis sin que haya quien os persiga. Y si aun con estas cosas no me oyereis, yo volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados” (Levítico 26:14-18).

La mayoría de los pactos definen los deberes y responsabilidades que se espera que cada parte cumpla. Tal como sucedió con el pacto que Dios hizo con Abraham, el que hizo con Israel tenía ciertas condiciones, deberes y obligaciones. El fundamento de la relación con Dios era la aceptación de estas condiciones por parte del pueblo. Pero por su desobediencia posterior no recibió las bendiciones que Dios le había prometido.

¿Prometió Dios hacer un nuevo pacto entre él e Israel?

“He aquí vienen días, dice el Eterno, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi

La relación de Dios con la antigua Israel

En algunas ocasiones la invitación que Dios nos hace para que establezcamos una relación con él, se extiende más allá del nivel personal. Dios invitó a toda la nación de Israel para que tuviera una relación con él. Esa asociación estaba basada en un pacto o acuerdo en el que se enunciaban las promesas, expectativas y condiciones importantes para la relación.

Por medio de Moisés, Dios les dijo a los israelitas: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:5-6).

Esa relación, hasta cierto punto, estaba esbozada en un pacto matrimonial. Pero Israel no tuvo un corazón dispuesto a obedecer a Dios. “Pero como la esposa infiel abandona a su compañero, así prevaricasteis contra mí, oh casa de Israel, dice el Eterno” (Jeremías 3:20). Con anterioridad, Dios le había dicho al profeta Samuel: “. . . no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7).

Veamos cómo Dios describe la forma en que ellos le habían rechazado como su Dios y gobernante.

“Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla el Eterno: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento . . . Dejaron al Eterno, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás” (Isaías 1:2-4). ¿Cómo reaccionó Dios ante ese rechazo? “También les alcé yo mi mano en el desierto, jurando que los esparciría entre las naciones, y que los dispersaría por las tierras, porque no pusieron por obra mis decretos, sino que desecharon mis estatutos y profanaron mis días de reposo, y tras los ídolos de sus padres se les fueron los ojos” (Ezequiel 20:23-24).

Aunque los antiguos israelitas rechazaron a Dios y despreciaron su invitación, él todavía desea profundamente relacionarse con los seres humanos. Dios los castigó, pero nunca rechazó completamente a Israel ni a sus descendientes. El apóstol Pablo lo explica así: “Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció . . .” (Romanos 11:1-2).

Pablo continúa: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad” (vv. 25-26).

Luego concluye: “Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres. Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios. Pues como vosotros también en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos, así también éstos ahora han sido desobedientes, para que por la misericordia dada a vosotros, ellos también alcancen misericordia” (vv. 28-31).

Debido a su gran misericordia, Dios ha planeado traer al pueblo de Israel al arrepentimiento total, y obrando por medio de ellos, invitar a todos los pueblos para que tengan la misma relación con él.

Dios es fiel. En tanto que todavía quede la esperanza del arrepentimiento y la restauración de las personas, él no renuncia a tener esa relación que ha establecido. □

pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice el Eterno” (Jeremías 31:31-32).

¿Cuál fue la falla del primer pacto entre Dios e Israel?

“Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto” (Hebreos 8:7-8).

Israel quebrantó el pacto con Dios. La falla de la relación estuvo en el pueblo, no en el pacto en sí. Dios cumplió con su parte, pero los israelitas sencillamente no vivieron de acuerdo con el compromiso que habían hecho con Dios.

¿Cómo y por qué los israelitas no cumplieron con sus obligaciones del pacto?

“No guardaron el pacto de Dios, ni quisieron andar en su ley; sino que se olvidaron de sus obras, y de sus maravillas que les había mostrado” (Salmos 78:10-11).

“Y no sean como sus padres, generación contumaz y rebelde; generación que no dispuso su corazón, ni fue fiel para con Dios su espíritu” (v. 8).

“¿Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:29).

Al desobedecer a Dios abandonando sus leyes, Israel violó los términos del pacto. Los israelitas sencillamente no sentían el compromiso, ni tenían el deseo ni la voluntad de seguir los caminos y las instrucciones de Dios. Hacían lo que a la humanidad le parece bien, que es desobedecer a Dios y rechazar su ley (Romanos 8:7).

LA NECESIDAD DE UN NUEVO PACTO

El problema de los israelitas radicaba en su corazón: su pensamiento y actitud. No obedecieron a Dios ni cumplieron su parte en su relación con él por una razón sencilla: “. . . se fueron cada uno tras la imaginación de su malvado corazón . . .” (Jeremías 11:8). Dios, sin embargo, tenía la solución: un pacto diferente, nuevo, que corrigiera el problema.

Veamos cómo Dios profetizó que algún día crearía un nuevo corazón en su pueblo, dándoles su Espíritu para que le obedecieran: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (Ezequiel 36:26-28).

¿Por qué necesitamos el Espíritu de Dios?

“Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los

designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:6-8).

Por naturaleza, a nadie le gusta obedecer las leyes de Dios. Seguir los caminos de Dios no es algo propio de la naturaleza del hombre. A lo largo de los siglos, muchas personas han tratado de resolver sus propios problemas según lo que les ha parecido, sin el Espíritu de Dios. Pero esta forma de hacer las cosas tan sólo produce miseria y finalmente nos lleva a la muerte (Romanos 3:16; Proverbios 14:12; 16:25).

¿Qué efecto produce el Espíritu de Dios en aquellos que lo reciben?

“Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:13-15).

El Espíritu de Dios nos fortalece para que hagamos morir las obras de la carne, de nuestra naturaleza carnal, tales como el adulterio, fornicación, ira, envidia, odio y egoísmo (Gálatas 5:19-21). Cuando en nosotros mora el Espíritu de Dios, esto nos permite tener una actitud de querer obedecer a Dios genuinamente, con entusiasmo, sometiéndonos por completo a él y a su guía.

¿En qué es diferente el nuevo pacto?

“He aquí que vienen días, dice el Eterno, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá . . . este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Eterno: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:31-33; comparar con Hebreos 8:10; 10:16).

El nuevo pacto es el compromiso de Dios de darle a su pueblo su Espíritu para que pueda obedecerle. En este pasaje vemos que la ley de Dios está incluida en el nuevo pacto. Su ley no ha cambiado. A lo que Dios se compromete es a cambiar el corazón del hombre. Hará posible que los que estén bajo el nuevo pacto quieran de verdad y de todo corazón obedecer y someterse a sus leyes.

Recordemos que Dios no encontró ninguna falla en su ley en el antiguo pacto. La falla estaba en el egoísmo y el pensamiento rebelde de las personas. La ley de Dios y su camino de vida siguen siendo parte fundamental del nuevo pacto. El nuevo pacto requiere un cambio verdadero en el corazón y en la mente que puede lograrse sólo mediante el poder transformador del Espíritu de Dios.

Una vez un joven le preguntó a Jesús: “¿Qué bien haré para tener la vida eterna?” Jesús le respondió: “. . . si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:16-17). En toda relación hay reglas o normas que la rigen. Las

leyes de Dios eran parte del antiguo pacto. Con la ayuda del Espíritu Santo podemos tener un corazón capaz de responder de una forma diferente de la de aquellos antiguos israelitas que rechazaron los caminos de Dios.

Para entender los pactos bíblicos es necesario entender la naturaleza de la ley de Dios. Las leyes de Dios permanecen para siempre (Salmos 119:89, 160). Él las estableció para que fueran permanentes (v. 152). La idea de un pacto sin reglas que definan la relación, simplemente no tiene sentido.

¿Por qué es mejor el nuevo pacto?

“Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas” (Hebreos 8:6).

La principal diferencia entre el antiguo pacto y el nuevo radica en las *promesas* que Dios hace. El nuevo pacto es, en cierta forma, una expansión y renovación de las promesas que Dios hizo en el antiguo pacto. El antiguo pacto ofreció principalmente promesas físicas. ¿Por qué son mejores las promesas del nuevo pacto?

El nuevo pacto incluye las promesas que Dios le hizo a Abraham y que fueron las bases del antiguo pacto. Pero el énfasis reside en las promesas que tienen que ver con la *conversión* por medio del Espíritu de Dios y la *vida eterna*. Pablo nos dice: “para que en Cristo Jesús la bendición

de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu” (Gálatas 3:14). Una de las promesas era el Espíritu Santo, que permitiría la renovación del corazón. Esto, como lo dijimos anteriormente, era el meollo del problema en la relación entre Dios e Israel bajo el antiguo pacto. Los israelitas no tenían un corazón convertido para obedecer a su Creador.

Algunos de los requisitos del antiguo pacto, tales como los sacrificios de animales y los ritos del templo, apuntaban hacia el sacrificio de Jesucristo, quien los reemplazó cuando murió por nuestros pecados (Hebreos 9:1-14; 10:1-14). Sin embargo, las leyes de Dios que fueron el fundamento de la relación del antiguo pacto, son también el fundamento de la relación del nuevo pacto. Ahora ellas están escritas en los corazones y las mentes del pueblo de Dios, en lugar de estar escritas únicamente en tablas de piedra o rollos.

¿Qué “grandísimas promesas” hizo Dios en el nuevo pacto?

“Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huído de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:4).

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado

¿Por qué necesitamos un redentor?

Nuestros pecados nos han separado de Dios. El profeta Isaías escribió: “pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:2). El pecado ha levantado una barrera que separa a la humanidad de Dios. Esa barrera debe ser derribada para que podamos tener una relación con él. ¿Cómo podemos quitar esta barrera?

Cuando Jesús vino para que Juan el Bautista lo bautizara, éste dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29, 36). Juan reconoció que Jesús de Nazaret era el Mesías profetizado que redimiría a la humanidad al pagar la pena por nuestros pecados.

“El término *redención* significa ‘liberado, devuelto mediante el pago de un rescate’” (*Nuevo diccionario bíblico ilustrado*, Libros CLIE, 1985, p. 994). Pedro explica que “sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18-19). Pablo dice que la sangre de Cristo “ganó” la iglesia del Señor (Hechos 20:28).

Desde el principio del mundo Dios planeó este maravilloso don de la redención. El apóstol Juan habla del “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). Jesucristo, el Cordero de Dios, voluntariamente “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad” (Tito 2:14).

¿Tenemos que ser redimidos todos? La respuesta es un rotundo sí. “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23), y “porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23). En otras palabras, por nuestros pecados merecemos la muerte eterna, no el don de la vida eterna.

Entonces, ¿cómo puede resolverse este problema para que podamos relacionarnos con Dios como sus hijos?

Dios dio a su Hijo, Jesucristo, para que pagara la pena por nuestros pecados de tal forma que podamos ser salvos de la pena de la muerte eterna (Juan 3:16). Hebreos 2:9 nos explica el propósito de ese sacrificio: “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”. Jesús fue el cordero que Dios ofreció por los pecados de la humanidad.

El concepto de redención se le dio a conocer a Israel por medio del sistema de sacrificios del antiguo pacto. En Hebreos 9:22 leemos: “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (o redención). El pensamiento continúa en el versículo 28: “así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”. El apóstol Juan agrega que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

La redención se define como “una liberación, particularmente la que se produce por el pago de un precio . . . se refiere principalmente a la intervención especial de Dios para salvar a la humanidad” (*Unger’s Bible Dictionary* [“Diccionario bíblico de Unger”], 1972). En otras palabras, la redención es un acto de Dios que nos libera de la pena en que hemos incurrido por nuestros pecados, sustituyendo con la muerte de Cristo la pena que nos merecemos.

Pero Dios ofrece la redención tan sólo a aquellos que se arrepientan verdaderamente. Por esto, el arrepentimiento es nuestro punto de partida para recibir la redención y establecer una relación duradera con nuestro Creador. Aquellos que se arrepientan genuinamente de la práctica habitual del pecado, serán perdonados y se convertirán en siervos redimidos de Dios. □

para vosotros desde la fundación del mundo”
(Mateo 25:34; comparar con el v. 46).

La promesa más grande del nuevo pacto es la vida eterna. Bajo el antiguo pacto las personas no podían recibir vida eterna. Sin embargo, bajo el nuevo pacto, “el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11). Tener el Espíritu Santo hace posible que recibamos el don de la vida eterna. Las bendiciones físicas del antiguo pacto, tales como prosperidad y protección, no se pueden comparar con la bendición increíblemente mayor de la inmortalidad, que está disponible en el nuevo.

Por algo Pablo exhortó a Timoteo: “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos” (1 Timoteo 6:12). Dios ha prometido que vamos a heredar su reino y su naturaleza, su carácter santo y justo.

Dios confirma sus promesas con solemne juramento. “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Hebreos 6:17-18).

Dios nos asegura que nos glorificará de la misma forma en que ha glorificado a Jesucristo. “Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna. Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él . . .” (2 Timoteo 2:10-12).

El nuevo pacto nos asegura que recibiremos ayuda de Jesucristo, nuestro Salvador y Sumo Sacerdote, por medio del Espíritu Santo. Es la expresión suprema del amor de Dios y de su deseo de que tengamos con él una relación eterna como hijos suyos.

EL AMOR ES LA BASE DE LA RELACIÓN CON DIOS

El apóstol Juan nos dice: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:8-9; comparar con Juan 3:16-17; Tito 3:4-7).

Como hemos visto en esta lección, Dios demuestra su amor por medio de las numerosas promesas que nos ha hecho de que vamos a recibir salvación y vida eterna. Dios el Padre personalmente desea estar presente en nuestra vida diaria. Como Pablo lo dijo: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13). También explicó que Jesucristo, nuestro hermano mayor, vive en nosotros si es que en verdad estamos convertidos (Gálatas 2:20).

¿Qué seguridad tenemos de que el Padre y Jesucristo van a ayudarnos cuando necesitemos ayuda espiritual?

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no

pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:15-16).

“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5:14-15; comparar con Mateo 7:7-8; Filipenses 4:6).

Las relaciones están basadas en una buena comunicación. Las Escrituras nos revelan que Dios nos escucha y responde a nuestras peticiones de acuerdo con su voluntad y lo que sea mejor para nosotros. Quiere que respondamos a su amor. Le hablamos a Dios con nuestros pensamientos y nuestras oraciones, y él nos habla por medio de las Escrituras, su Espíritu y sus siervos.

¿Cómo debemos expresar nuestro amor a Dios?

“Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:3-6; comparar con 1 Juan 3:22).

“En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:2-3).

Tal como Juan lo explica, Dios espera que le demostremos nuestro amor a él y a otros obedeciendo sus mandamientos. La vida de Jesucristo es un modelo de la vida que debemos vivir. Jesús guardó los mandamientos de Dios (Juan 15:10). Siempre complació a Dios porque le obedeció y deseaba hacer su voluntad. (Si desea más información al respecto, no vacile en solicitarnos el folleto gratuito *Los Diez Mandamientos*. O si prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet.)

Al recibir nosotros el amor de Dios, él espera que lo compartamos con otros. Según dijo Jesús, ese amor sería la característica fundamental de sus discípulos a lo largo de los siglos. “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35; comparar con 1 Juan 4:11).

¿Qué otras características espirituales deben ser evidentes en las vidas de aquellos que luchan por vivir de acuerdo con la voluntad de Dios?

“Porque os es necesaria la paciencia, para que

habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma” (Hebreos 10:36-38).

“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís” (Colosenses 3:23-24).

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apocalipsis 22:12-13).

La vida del cristiano no es fácil (Mateo 7:13-14; 2 Timoteo 3:12). Se espera que resistamos, buscando a Dios con todo nuestro corazón, mientras aguardamos con paciencia el cumplimiento de sus promesas.

A medida que seguimos a Dios fielmente y respondemos a su voluntad, disfrutamos las bendiciones espirituales que ha prometido. Pero la mayoría de las promesas y bendiciones sólo se harán realidad cuando Jesucristo regrese. Jesús nos dijo: “. . . En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). Entre las grandes bendiciones que recibimos están la fortaleza, la paciencia y la capacidad de soportar las dificultades que encontramos en “el presente siglo malo” (Mateo 10:31-38; Gálatas 1:4).

Para recibir las promesas de Dios, ¿es importante vivir de acuerdo con su voluntad?

“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21; comparar con Lucas 6:46).

Para Jesucristo es muy importante que vivamos de acuerdo con la voluntad de su Padre. A aquellos que hacen la voluntad de Dios, él los considera sus familiares cercanos. “Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre” (Mateo 12:50).

Aquellos que sólo *aparentan* servir a Dios —pero en realidad viven sin ley, quebrantando deliberadamente la ley espiritual de Dios— no estarán en el Reino de Dios (Mateo 7:22-23); no serán parte de su familia espiritual eterna.

En esta época, ¿quiénes son los miembros de la casa o familia de Dios?

“Para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15).

La iglesia es la casa o familia de Dios. Está formada por aquellos que responden a su llamamiento y siguen su divina voluntad. Pablo les escribió a los cristianos de esa época: “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios,

edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:19-22).

Pero ¿qué es la Iglesia de Dios? En cualquier discusión acerca de la iglesia debemos primero definir su significado. En la Biblia, la palabra *iglesia* proviene de la voz griega *ekklesia*, que en esencia significa “los llamados”. Este término se utiliza para referirse a los creyentes a quienes Dios ha llamado a salir del mundo para seguirlo a él.

La palabra *iglesia* nunca implica, como algunos lo suponen incorrectamente, un edificio. “Siempre representa o un grupo de cristianos consagrados en cualquier lugar que se reúnen para practicar su religión, o la totalidad de estos grupos dispersos en todas partes del mundo” (*Translator’s New Testament* [“Nuevo Testamento del traductor”], glosario, pp. 557-558).

Pablo define la iglesia como “el cuerpo de Cristo” (1 Corintios 12:12, 27). Entre sus miembros hay ancianos que guían y enseñan a la congregación.

“Y llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y los apóstoles y los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos” (Hechos 15:4). Aquí la “iglesia” es identificada con los apóstoles, ancianos y otros miembros que estaban en Jerusalén. En otros pasajes se hace referencia a la “iglesia” que estaba en otros lugares (Hechos 13:1; Romanos 16:1; 1 Corintios 1:2).

¿Quién fundó la Iglesia de Dios?

“. . . sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18).

Jesucristo es el fundador de la Iglesia de Dios y prometió que ésta siempre existiría después de su fundación en el primer siglo. La iglesia continúa hasta el día de hoy.

¿Qué distingue claramente a las personas que son parte de la Iglesia de Dios?

“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9).

Aquellos en quienes mora el *Espíritu de Dios* son sus verdaderos discípulos y forman la verdadera Iglesia de Dios. El Cuerpo de Cristo está compuesto por aquellos que tienen el Espíritu Santo (1 Corintios 12:13).

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14). El Espíritu de Dios distingue a las personas que son sus hijos e hijas, de aquellos que todavía no han sido llamados.

¿Quién dirige la Iglesia de Dios?

“Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a

sus maridos en todo” (Efesios 5:23-24; comparar con Colosenses 1:18).

Jesucristo, la Cabeza, es quien guía la Iglesia de Dios. Cristo ama a la iglesia y la cuida constantemente, y trabaja para prepararla como su novia (Efesios 5:25-27).

¿Qué papel desempeñan los ministros de la iglesia?

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:11-13).

Jesucristo escoge a algunos para que sirvan en la iglesia y ayuden a los miembros a crecer espiritualmente. La palabra *ministro* significa “siervo”. Los pastores y otros ministros son llamados por Dios para atender a las necesidades espirituales de aquellos que han sido llamados. La enseñanza de la sana doctrina es una de sus responsabilidades más importantes (vv. 12-15).

Los ministros deben instruir en la doctrina y ayudar a los cristianos a crecer en la gracia y el conocimiento de Jesucristo (2 Pedro 3:18). Pablo dijo lo siguiente a los ancianos que personalmente había enseñado: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hechos 20:28).

En otra ocasión explicó la actitud que él y otros apóstoles tenían para servir a la iglesia. “No que nos enseñoreemos de vuestra fe, sino que colaboramos para vuestro gozo; porque por la fe estáis firmes” (2 Corintios 1:24).

La responsabilidad de los ministros en la iglesia también incluye cuidar del rebaño de Dios con amabilidad, de la misma forma en que un buen pastor lo hace con su rebaño (1 Pedro 5:1-3).

¿Cuál es la misión de la iglesia?

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14).

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado . . .” (Mateo 28:19-20).

Dios llama a las personas por diversos propósitos, uno de los cuales es ayudar a cumplir la comisión que le ha encomendado a la iglesia de propagar el evangelio e instruir a otros que también han sido llamados para que puedan entender y seguir su camino de vida. Es por los esfuerzos combinados de los llamados de Dios que esta comisión se cumple.

En Efesios 4:3 leemos que los miembros de la iglesia siempre deben estar “solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. Pablo animaba a los miembros de la iglesia a trabajar por la unidad y a fortalecerla a

medida que propagaban el evangelio y hacían discípulos.

Pablo describió la actitud humilde que conduce a la unidad espiritual de la iglesia: “Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:1-5).

A los miembros de la iglesia se les exhorta que deben amarse y cuidarse mutuamente, tal como Jesús amó a sus discípulos y los cuidó. Esto implica un esfuerzo tanto individual como colectivo.

¿Se espera que los miembros de la iglesia se reúnan con regularidad?

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25; comparar con Levítico 23:3).

Los miembros de la iglesia deben trabajar juntos para cumplir la comisión que Cristo le ha encomendado, reuniéndose para animarse y ayudarse mutuamente, para ser instruidos en la verdad de Dios y para demostrar el amor y el respaldo que sienten entre ellos.

¿Qué más debe hacer la iglesia?

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:23-24).

La iglesia se reúne, además, para adorar a Dios. Tengamos en cuenta que Jesús dijo que sus seguidores deben adorar al Padre “en espíritu y en verdad”.

¿Cuál es la “verdad” que Jesús mencionó?

“No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:16-17).

Jesús indicó que sus discípulos serían aquellos santificados —apartados— por la verdad de Dios. Por siglos la humanidad ha debatido lo que es la verdad. Adlai Stevenson, estadista norteamericano del siglo XX, dijo que “con frecuencia, la verdad es impopular y la batalla entre la fantasía agradable y la realidad desagradable es desigual”.

Muchos han aceptado tradiciones y costumbres fantasiosas como parte de su religión, y así la verdad de Dios se ha ocultado. La verdad de Dios se encuentra en la totalidad de la Santa Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo (Mateo 4:4; Lucas 4:4; 2 Timoteo 3:15-17).

La palabra de Dios debe permanecer como la base de nuestras creencias, en lugar de las tradiciones y costumbres humanas (Marcos 7:9-13). Jesús dijo: “Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres . . .” (vv. 7-8).

¿Dijo Jesús que su iglesia sería una entidad poderosa e influyente?

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino” (Lucas 12:32; comparar con Deuteronomio 7:7).

Jesús señaló que el cuerpo de los verdaderos creyentes sería un grupo relativamente pequeño.

¿Dónde está la iglesia en la actualidad? La iglesia no es un edificio; es la gente llamada por Dios para disfrutar una relación especial con él. Los llamados son los que han respondido a la invitación de recibir el Espíritu de Dios. La iglesia es relativamente pequeña en cuanto al número de creyentes que han seguido la verdad de Dios y la enseñanza y el ejemplo de Jesucristo. También siguen

el ejemplo de los apóstoles de la iglesia del primer siglo.

La iglesia es un organismo espiritual que incluye ministros que ayudan al crecimiento y a la edificación espiritual de los otros miembros. Los miembros de la iglesia trabajan conjuntamente por lograr la meta de la madurez espiritual. Al trabajar por una meta en común, los miembros de la iglesia están dedicados a cumplir la misión que Jesucristo les encomendó hace cerca de 2000 años. (Si desea profundizar en el tema de la iglesia, no vacile en solicitarnos el folleto gratuito *La iglesia que edificó Jesucristo*. O si prefiere, puede descargarlo directamente de nuestro portal en Internet.)

VOLVAMOS AL PRINCIPIO

Al principio de esta lección nos enfocamos en el deseo que Dios tenía de establecer una relación eterna con su creación humana. Quiere compartir con sus hijos su naturaleza divina. A lo largo de los siglos Dios ha invitado a las personas —incluso a toda una nación— a establecer una relación especial, un pacto, con él. Entre estos acuerdos divinos están muchas promesas que Dios ha cumplido y que aún cumplirá a su pueblo.

¿Está siendo llamado usted?

¿Cómo puede usted saber si Dios lo está llamando a la conversión? Comience por preguntarse si su perspectiva de la vida, especialmente la forma en que piensa, está cambiando. El apóstol Pablo explicó que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14). Por esto Jesús dijo que nadie podía venir a él a menos que el Padre lo trajera (Juan 6:44).

En otras palabras, Dios tiene que obrar primero, por el poder de su Espíritu, para abrir nuestro entendimiento de tal manera que podamos ver la sabiduría de sus caminos y la realidad de nuestros errores. Entonces podemos comenzar el proceso del verdadero arrepentimiento.

¿Por qué tiene Dios que abrir primero nuestras mentes para que podamos entender? “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

Jesús nos da un ejemplo que ilustra por qué Dios tiene que abrir nuestro entendimiento para que podamos comprender la necesidad de rendirnos a él y permitirle que nos ayude a cambiar nuestra vida.

“Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado . . . Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis” (Mateo 13:10-11, 13-14).

Un ejemplo similar es la parábola del fariseo y el publicano. “Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (Lucas 18:10-12).

Este hombre conocía las Escrituras. Las podía aplicar a otros y ver sus fallas. Pero no tenía mucho entendimiento (si es que tenía algo) de la inmensa necesidad que tenía él mismo de cambiar.

Este es el meollo de la parábola. Jesús se la dirigió a aquellos que “confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros” (v. 9).

En contraste, veamos lo que decía el publicano. “Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (vv. 13-14).

El publicano percibía correctamente que Dios, por medio de las inspiradas palabras de las Escrituras, estaba explicándole cómo debía cambiar su propia vida. Dios estaba trabajando con él de tal manera que podía comprender las Escrituras de una forma correcta.

Este reconocimiento de la necesidad de cambiar a nivel personal es con frecuencia el resultado de descubrir la verdad de las Escrituras. Pablo lo explicó de esta manera: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 2:13-14).

Si usted entiende lo que está aprendiendo en este curso bíblico hasta el punto de ver la necesidad de cambiar su vida y comenzar a obedecer los mandamientos de Dios de todo corazón, Dios está trabajando con usted. Lo está llevando hacia él. Este estímulo de entregar su vida a Dios es un regalo que usted debe saber valorar. Ore pidiendo la fortaleza y la sabiduría para “crecer en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18).

En la próxima lección explicaremos detalladamente el arrepentimiento y la conversión. Le recomendamos que la estudie cuidadosamente. □

Comenzando hace aproximadamente 2000 años, Dios invitó a una nación *espiritual*, aquellos llamados a su iglesia (Gálatas 6:16), a tener una relación con él, y estableció el proceso para que esto fuera posible. La Biblia lo llama *conversión* (Hechos 3:19; 15:3).

Dios nos llama a establecer una relación personal con él. Debemos notar que a Dios le complace mucho conferir sus promesas y sus dones: “Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo” (2 Tesalonicenses 1:11-12).

Al comienzo Dios hizo que el hombre se enfrentara a una decisión crucial, simbolizada por los dos árboles del huerto del Edén (Génesis 3). Dios nuevamente le ofrece a su pueblo la oportunidad de tomar del árbol de la vida y entrar en una relación eterna con él. Este es el cumplimiento espiritual de la intención que Dios tenía originalmente con Adán y Eva. El sacrificio de Jesucristo lo hizo posible.

Jesús nos dice: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:13-14).

Recordemos el cumplimiento seguro de la inspiradora promesa de la relación que tenemos con Dios bajo el nuevo pacto. ¡Él hará que sus promesas se cumplan! En Apocalipsis 21:3-5 se resume la relación que nuestro Creador quiere establecer con todos nosotros: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas”.

Dios nos llama —nos invita— a tener una relación eterna con él como miembros de su familia. En la próxima lección estudiaremos cómo es que Dios quiere que respondamos a su llamamiento y cultivemos nuestra relación con él.

En esta lección hemos tratado brevemente ciertos aspectos del plan de Dios, su propósito con la humanidad y su forma de trabajar y relacionarse con nosotros. Para entender mejor los conceptos fundamentales de esta lección, le recomendamos los siguientes folletos gratuitos:

- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *El camino hacia la vida eterna*
- *Usted puede tener una fe viva*
- *La iglesia que edificó Jesucristo*
- *El evangelio del Reino de Dios*
- *Los Diez Mandamientos*

Tendremos mucho gusto en enviárselos, sin costo alguno para usted, al recibir su solicitud. O si prefiere, puede descargarlos directamente de nuestro portal en Internet. □

Temas de reflexión

El propósito de estas preguntas es ayudarle a reflexionar acerca de los conceptos expuestos en esta lección y aplicarlos en su vida. Le sugerimos que se tome el tiempo para escribir sus respuestas a estas preguntas y que luego las compare con los pasajes bíblicos indicados. Por favor siéntase con la libertad de hacernos cualesquier comentarios, sugerencias o preguntas que pueda tener.

- ¿Tiene Dios que invitar —o llamar— primero a la persona para que entre a formar parte de su familia, o debe cada uno de nosotros buscarlo a él primero? (Mateo 13:1-8, 10-11, 18-23; 22:14; Romanos 8:28-30; Juan 6:44, 65; 1 Corintios 1:2).
- ¿Qué inmenso sacrificio hizo Dios para que la humanidad pudiera tener acceso a él y a la salvación? (Juan 3:16; Hebreos 2:9).
- ¿Qué clase de actitud quiere ver Dios en nosotros? ¿Necesitamos reconocer nuestras debilidades y lo insignificantes que somos al compararnos con él? (2 Timoteo 2:24-25; Isaías 66:2; 1 Juan 1:8-9; Hechos 2:38).
- ¿Qué ayuda nos ofrece Dios para que podamos establecer una relación con él? ¿Existen condiciones para recibir esa ayuda? (Juan 14:16-17, 26; 15:26; 16:7; Hechos 5:32; 10:45; 1 Juan 2:3-6; 5:2-3).
- Por medio del don del Espíritu Santo, Dios nos ofrece la oportunidad de relacionarnos con él, y le ofrece a cada persona un don eterno, precioso. ¿Cuál es ese don? (Mateo 25:34; 1 Juan 3:1-3; Tito 1:2; Romanos 6:23; 8:11, 30; 1 Timoteo 6:12; 2 Pedro 1:4).
- Dios hizo un pacto con Abraham y luego con la antigua Israel. ¿Dijo Dios que haría un “nuevo” pacto? (Jeremías 31:31-33; Hebreos 8:6-8).
- ¿Quiénes son miembros de la casa o familia de Dios? (1 Timoteo 3:15; Efesios 2:19-22; 1 Corintios 12:12, 27).
- ¿Qué distingue a los verdaderos discípulos de Dios y los hace parte de la verdadera Iglesia de Dios? (Romanos 8:9; 1 Corintios 12:13). □

Esta publicación no es para la venta. La distribuye *gratuitamente* la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Bolivia: Casilla 8193 • Correo Central • La Paz

Chile: Casilla 10386 • Santiago

Sitio en Internet: www.unidachile.cl

Estados Unidos: P.O. Box 541027 • Cincinnati, OH 45254-1027

Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol

Honduras: Apartado Postal 283 • Siguatepeque, Comayagua